**Domingo 33º del Tiempo Ordinario (13.11.2016): Lucas 21,5-19**

***“Les añadió una parábola: Mirad la higuera…’.* Y miro y escribo ¡CONTIGO!**

Estamos ya en el penúltimo domingo del año de la Iglesia. Este año de 2015-2016 estuvo dedicado a leer cada domingo el Evangelio de Lucas. Y no fue así. Leímos a Lucas tan desordenadamente que no sabemos casi nada de él a estas alturas. En esta ‘reválida de conocimientos’, seguramente, suspenderíamos todos, hasta los responsables vaticanos de la liturgia. Dicho esto, una vez más, invito a que se lea en la Biblia de cada uno este texto de Lucas 21,5-19. ¿Por qué no se nos leen los cinco primeros versos? ¿Por qué se nos silencian los versos 20 a 38 de este capítulo? ¿Lo que no se nos lee es porque sería muy complicado de comprender o de explicar? En cambio, el texto de 21,5-19 que se nos va a leer, ¿es sencillo de predicar e interpretar? Yo digo que no. Es un texto complicado.

En este capítulo vigesimoprimero de Lucas encontramos un clásico discurso calificado como ‘apocalíptico’, porque el tema central del que se habla es ‘el final’. En este caso concreto se trata del final de la ciudad de Jerusalén y, en consecuencia, el final también del Templo y de su Religión, autoridades e instituciones. Seguramente que la destrucción y saqueo de la ciudad llevada a cabo por Tito y sus tropas ya había tenido lugar. Y, probablemente, este hecho le sirve al Evangelista para hablar y escribir sobre otros ‘finales’.

En este sentido, la parábola de la higuera (21,29-33) es una imagen muy iluminadora de la ENSEÑANZA final de este Jesús de Lucas en Jerusalén. Todo pasará, como así sucede en el ámbito de la naturaleza. Todo volverá a ser de nuevo, aunque siempre distinto. En este proceso convendría tener siempre presente aquello que expresó tan acertadamente G. Flaubert: “La realidad es como es. No trates de cambiarla. Conócela”.

El arranque del discurso es ya toda una invitación a preguntarse por el sentido de ‘los lugares’ llamados ‘sagrados o santos’ en el credo de nuestra católica expresión religiosa. Y he escrito ‘lugares’ como podría haber escrito ‘tiempos sagrados’, ‘vestidos sagrados’, ‘comidas sagradas’, ‘libros sagrados’, ‘miradas sagradas’, ‘ritos sagrados’, ‘nombres sagrados’, ‘personas sagradas’, ‘músicas sagradas’… o hasta ‘biblia sagrada’. ¿Qué es eso de ‘sagrado’ cuando se anuncia que todo es obra de un sabio dios creador? Todo es tan sagrado como profano. Todo.

*“Como dijeran algunos a propósito del Templo que estaba adornado por la belleza incalculable de todo tipo de ofrendas a Yavé Dios, Jesús dijo: Llegará un día en que todo esto que veis no quedará piedra sobre piedra. Todo será destruido”* (Lucas 21,5-7). Y uno que lee no puede dejar de pensar en Santa María La Mayor de Roma o en la excelente catedral gótica de Burgos o en la recientísima basílica, mayor o menor no lo sé, de ‘la almudaina-Almudena’ de Madrid. Y esto lo digo después de haber contemplado la ruina del templo de Atenea o de Zeus y de algún que otro, por ejemplo, Atlán o Mitra… ¿Acaso no es todo templo una ostentación del irrefrenable poder del hombre que es capaz de crearse a Dios a su imagen y semejanza?

*“Mirad*, dice este Jesús de Nazaret del Evangelista Lucas, *no os dejéis engañar… Os adelanto que os echarán mano y os condenarán”* (21,12-13). Toda Religión se cree verdadera y no admite crítica alguna. Así lo denunció Jesús en Nazaret desde su experiencia de fe (4,16-30).

**Domingo 51º del Evangelio de Juan (16.10.2016): Juan 20,19-31**

***Todos sabrán que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros*. ¡El AMoR es AMaR!**

El relato comienza con la precisión literal del tiempo en el que suceden los acontecimientos: *“Al atardecer de aquel día, el primero de la semana”* (Juan 20,19). Estamos en Jerusalén y el Evangelista sigue relatando las ‘apariciones de Jesús’ que, como ya indiqué en el comentario anterior, no fueron tales apariciones reales e históricas. La real e histórica fue la propia vida de este Jesús de Nazaret. La expresión *“Dichosos quienes creen en mí sin haberme visto”* que cierra el relato de 21,1-28 apunta muy directamente a esa ausencia de visiones de la persona de Jesús de Nazaret.

Literalmente cuenta este Evangelista que Jesús se apareció a sus seguidoras y seguidores reunidos y atemorizados para apaciguarlos ante el miedo que seguían experimentando. ¿No les habían bastado las palabras de María Magdalena que les contó todo cuanto había visto y oído en el primer encuentro con ‘el resucitado’? (20,18). También en esta aparición, Jesús ‘envía-comunica’ el Espíritu Santo a todos los reunidos y además les da poder para perdonar pecados. Sin embargo, entre los reunidos y atemorizados hay una ausencia: Tomás. Por eso, ocho días después (¡cuánta precisión sospechosa de este narrador en las fechas y en los tiempos!) vuelve a repetirse la escena y con Tomás presente.

Aunque sea una curiosidad que carezca de importancia, sorprende mucho que durante más de veinte siglos de papado eclesiástico vaticano ningún papa se haya atrevido a adoptar el nombre de Tomás. ¿Acaso todos se han sentido incapaces de dudar? ¿Todos se consideraron infalibles ante las decisiones y confesiones que tuvieron que expresar en cada momento de su ejercicio del poder de la religión desde la cátedra de san Pedro?

Comento esta curiosidad porque en las interpretaciones de este relato (no sé si las mejores o las más autorizadas) del cuarto Evangelio que se han publicado siglo tras siglo se ha reiterado que es aquí cuando el Resucitado Jesús de Nazaret pone en marcha la llamada ‘sucesión apostólica’. Es decir, es en esta aparición, la primera que realiza a los ¿diez, once o doce? Apóstoles cuando les da el poder de ser sus representantes en este mundo del más aquí. Desde estos momentos del primer día de la semana, ‘los doce’ son los herederos del patrimonio de Jesús de Nazaret, el Hijo único de Dios. Y ellos se los transmitirán en herencia a sus legítimos sucesores que serán siempre y únicamente los obispos. ¿No es esta doctrina la que se explica en cientos o en miles de páginas de teología en la formación de los Seminarios para los futuros sacerdotes? Si las gentes del pueblo conocieran, por ver y oír, esta formación…

Cuando leo este relato de la aparición semanal de Jesús y lo medito con el sentido crítico de la oración contemplativa, me suelo callar y no impacientarme. A mí, y a ti, nunca se me apareció un Jesús resucitado ni estando en compañía (como en 20,19-23) ni estando solo y en diálogo de tú a tú con el resucitado (como le sucede a Tomás en 20,27-29). Sigo creyendo que este Jesús de Nazaret nunca se apareció a nadie. Puedo atreverme a confesar que la única aparición de este Jesús de Nazaret fue su propia vida, acabada como la de todos los vivientes con la muerte. De todo lo demás, antes de nacer y resurrección incluída, nadie sabe nada. De él me guardaré como el mejor de sus regalos aquel ‘amaos unos a otros’. **Carmelo Bueno Heras**